

Obedeciendo tus reglas

Violeta Boyd

Obedeciendo tus reglas

LA HERMANA DE PATRICK

ASTRID

–Tranquila, habla lo necesario y sé cautelosa.

Me repito. Susurro palabras que se estrellan contra la ventana del bus escolar que nos lleva hacia la escuela Jackson. He estado tan embobada repitiendo una y otra vez lo mismo –como si se trataran de un mantra– que por un instante me desorienta. Para mi fortuna, dudo mucho que los chicos me hayan escuchado, pues parecen estar más pendientes de contarse los pormenores del verano más que recaer en mí. Lo cual me alivia.

¿Qué pasa conmigo?, solo tengo tres cosas en mente: ser tranquila, hablar lo necesario y ser cautelosa. Eso es todo lo que necesito para pasar inadvertida y así evitar a los tres chicos y a sus estúpidas reglas que atormentan el colegio. Estoy segura de que siguiendo mi consejo podré conseguir que Mika McFly no ponga sus intimidantes ojos sobre mí y haga lo mismo que hizo con Patrick. No existe cosa que me saque de la cabeza que si McFly descubre que soy la hermana del chico que se enfrentó a él, nada bueno pasará.

«Tranquila, callada y cautelosa», me repito al notar que llegamos.

Me cuelgo la mochila en el hombro y espero que el pasillo del bus se vacíe, entonces bajo.

–¿Cuatro Ojos, aún sigues aquí? –dice el conductor; un sujeto de aspecto burlón que se lleva bien con los revoltosos del bus.

Omito responderle, también desprender alguna mirada austera por el apodo. Me aferro al tirante de la mochila procurando que no caiga. Mientras bajo le escucho decir:

—Me pregunto qué ocurrirá si McFly descubre que eres la hermanita de Patrick. Seguramente, nada bueno. —Su risa burlona retruena tanto que logro percibirla incluso cuando cierra la puerta.

«Tranquila, callada y cautelosa».

Inhalo hondo.

La escuela Jackson está igual que siempre: los mismos chicos; los mismos problemas; el mismo estacionamiento privilegiado para *Los Tres*; las mismas reglas. Nada ha cambiado, sin embargo se siente todo tan extraño sin mi hermano. Recuerdo todo tan bien: su molesta bocina que me apresuraba para que saliera de casa, su manía por revolverme el cabello, sus desafinados cantos cuando sintonizaba en la radio alguna canción de su agrado.

Lo extraño demasiado.

—¡Astrid! —Siento una mano en mi hombro que por poco me causa un preinfarto. Volteo y encuentro a James Cooper—. ¡Tan asustadiza, Cuatro Ojos!

James es el tipo de chico extrovertido y muy carismático que tiene toda escuela. De aspecto atlético y sonrisa encantadora; sin embargo, Cooper no está dentro del mundo de los «populares» y no tiene la necesidad de agachar la cabeza cuando *Los Tres* hacen su aparición. Tiene cierto privilegio... Ah, olvidé mencionar que gracias a él todos sus amigos y el conductor del bus me llaman *Cuatro Ojos*.

—Sí —respondo—. Hay cosas que nunca cambian... supongo.

—Como tú —sonríe y revuelve mi cabello como Patrick solía hacerlo—. Y estos lentes de anciana jamás los cambiarás, ¿verdad?

Me gustaría decirle que intenté usar lentes de contacto en verano, pero no los soporté. Finalmente, prefiero contar internamente hasta diez, guardar silencio y responderle negando con la cabeza.

—Bueno, si los cambiaras dejarías de ser *Cuatro Ojos*, así que mejor consérvalos.

¿Eso es un halago o sarcasmo?

Me reservo la pregunta al oír el motor del auto de Mika McFly. Mi estómago se revuelve entero y las náuseas me sobrellevan.

Reúno fuerzas y empuño mis manos obligándome a moverme del camino. *Los normales* –como llamo a los que no somos privilegiados– presentes fuera de Jackson, incluido James, le dejamos un camino libre hacia la entrada del colegio, como si se tratara de alguna alfombra roja.

Regla número uno: no tocarlos sin su permiso.

Cuando salen del auto todos bajamos la cabeza y miramos nuestros pies.

Regla número dos: no los mires.

Las eminencias se creen demasiado perfectos para que alguien que no pertenece a su mundo se les quede mirando. Mi hermano tuvo el error de hacerlo y sufrió las consecuencias. Después de ser testigo de lo que le ocurrió, ¿cómo podría mirarlos sin morir de miedo?

Finalmente, mientras vemos de reojo cómo caminan con aires de grandeza, el frontis del colegio se sumerge en un silencio macabro. Apostaría que esa es una habilidad que los profesores desearían tener.

Regla número tres: no les hables.

Lo único que me hace tener algo de esperanza es que este es el último año de *Los Tres*. Las puertas del colegio se cierran tras ellos y todos se amontonan para verlos caminar con autoridad por los pasillos del colegio, como si este fuese de su pertenencia. Los únicos que permanecemos en su lugar somos James y yo.

–Eso ha sido... extraño –dice James a mi lado–, ¿cómo estás?

Alzo mi cabeza y le sonrío.

–Viva.

Exhalo el aire de mis pulmones con fuerza, en un gesto de victoria, entonces entramos al colegio. Es allí en donde mi mente se transporta al pasado.

Todavía puedo recodar cuando todo cambió.

«McFly manda saludos», fue la frase que dijo uno de los matones que golpeó a Patrick. Dio el primer golpe y le siguieron muchos más. Nos pillaron en un callejón, volviendo de mi turno en Harry's. Todo ocurrió de forma tan repentina que no logré gritar, me quedé estática en un rincón viendo cómo mi hermano era golpeado por cinco chicos más.

Hay dos cosas que nunca podría olvidar de esa noche: el rostro de Patrick tras la paliza y el responsable principal.

La voz de la profesora Scott me trae de vuelta a la penosa realidad: el campo de béisbol de Jackson, detrás del patio principal.

—Fisser, te toca batear —ordena la profesora, viéndome bajar de las graderías—. Procura esta vez darle a la pelota y no al aire como el año pasado.

Entre risas, mi compañera Lizzy me entrega el bate.

Sí, debo admitirlo, soy un asco en deportes. El año anterior saqué el peor promedio y por poco repruebo. ¿Es acaso eso posible?

Tomo el bate con mis dos manos y busco la mejor posición para batear mientras cierro los ojos: «Imagina que la pelota es la persona que más odias en este mundo». La voz de Patrick me da el impulso para levantar los párpados y golpear. Como en cámara lenta veo la pelota girando por sobre la altura de mi frente. Lentamente, se convierte en el rostro de Mika McFly. Bateo con todas mis fuerzas, canalizando todo el rencor que me produce pensar en él.

—¡HOME RUN! —grita la profesora, siguiendo el transcurso de la bola con su mirada—. ¡Buen tiro, Astrid! Ahora ve por ella.

Mi sonrisa desaparece al oír su orden. Primera vez que le doy a la pelota y debo ir a buscarla al otro extremo del patio. Suspiro, resignada. Voy arrastrando mis zapatillas de lona por todo el campo, hasta que me detengo bruscamente. Me inquieto en segundos. La pelota está en manos de nada más y nada menos que él. Mika McFly. Está de pie, lanzando la pelota al aire y atajándola con su mano sin hacer esfuerzo alguno. Mira como si fuese un insecto.

La sangre me sube a la cabeza. Bajo mi mirada sintiendo un nudo en mi pecho que se contrae y causa que los latidos de mi corazón se aceleren.

—¿Esto es tuyo? —me pregunta. Escucho sus pasos acercarse. Asiento cabizbaja antes de que haga algo de lo que me arrepienta luego—. ¿Disculpa? No te oí.

Cierro los ojos e intento buscar valor dentro de alguna parte de mi cuerpo.

–S-sí... –baluceo, intentando que la voz no me salga quebrada–. Lo siento.

McFly guarda silencio. Camina alrededor mío y vuelve a detenerse detrás de mí. Su respiración mueve mi cabello. Sigue rodeándome hasta que quedamos nuevamente de frente. Con su mano libre, toma un mechón de mi cabello y lo aparta de mi rostro.

–La pelota me hizo daño, y eso no se quedará impune. ¿Cómo lo solucionaremos? –pregunta. Escondo la cabeza entre mis hombros cuando lo hace. Se para frente a mí y tira la pelota al suelo–. Creo que hoy es tu día de suerte. Recógela.

El silencio es absoluto.

No espero que cambie de opinión y hago caso, pensando que en mi mundo ficticio no me rebajaría a lo que un chico como él me impone. Cuando estoy abajo mi celular se desliza del bolsillo y se prende la pantalla. La foto de Patrick conmigo que tengo de fondo queda al descubierto.

Mierda.

Aprovecho que McFly está distraído y lo guardo en mi bolsillo. Tomo la pelota y me incorporo. El rostro de Mika es tan frío que lastima. Y como no dice nada, puedo afirmar que el problema ha pasado.

Intento dar media vuelta cuando habla:

–Detente ahí.

Obedezco al instante.

–¿S-sí?

–Patrick Fissher... –murmura más para sí.

Pierdo el aire de mis pulmones en un jadeo que llevo retenido hace minutos. Es inevitable que la mención de mi hermano me descomponga. Elevo mis ojos a la mitad de su rostro, notando que una sonrisa distorsionada nace de sus labios.

–Eres la hermanita de Patrick.

2

EL INICIO DEL FIN

ASTRID

Mi garganta está seca, como si hubiese caminado sobre el desierto más árido, bajo un sol abrasador.

El esfuerzo de pasar desapercibida de la mirada de Mika se truncó por una estúpida fotografía. Aquella foto, que tanto me costó convencer a Patrick para sacarla, fue el mismo gatillo que disparó la bala.

¿O fueron los rumores? ¿Será que ya lo sabía y estaba jugando?

Las escenas ocurren tan rápido que parece que todo fuera mentira, una ilusión. Mika se aproxima, pasando sus dedos por mi cuello hasta desatar el lazo que ata mi cabello.

Luego habla con su voz profunda y cargada de cinismo.

—Yo me quedo con esto.

Es lo último que dice. Sigilosa me escapo de vuelta al campo de béisbol. La pelota continúa en mis manos.

«Tranquila, callada y cautelosa», vuelvo a repetir. Pero ya es demasiado tarde.

Por el frío que siento en mi rostro me imagino que debo estar más pálida que de costumbre. Al volver al grupo las chicas y la profesora me examinan interrogantes. Nadie pregunta nada. Le entregó la pelota a la profesora y me doy cuenta de que estoy temblando, todo mi cuerpo tiembla. ¿Realmente Mika McFly podía causar este efecto en mí? No. Mika McFly causa ese efecto en todos, y lo hizo con mi hermano... por un tiempo.

MIKA

Camino por los pasillos vacíos de Jackson. Una de las cosas más agradables de saltarme clases, es que puedo caminar con libertad sin tener que aguantar las miradas sufridas de los demás. Detesto a cada uno de los estudiantes, ninguno se salva. Excepto Chase y Jax.

No niego que ser yo tiene sus privilegios: como llegar a mitad de clases sin ser regañado por los profesores. Además, ser hijo del *viejo* —el gran Vincent McFly, cofundador de una empresa dedicada al soporte de minería que dona dinero a los colegios públicos de la ciudad como beneficencia— hace que todo se vuelva aún más fácil. Llevar su apellido es un crédito que le debo.

Me detengo frente a la puerta unos segundos antes de entrar. Intento prepararme mentalmente para otra aburrida clase. Por fin abro la puerta. El panorama general de los alumnos no me importa; es más, solo reparo en mis dos amigos sentados al final de todo: Jax duerme apoyando su cabeza sobre la mesa; está agotado de tener que saciar con halagos vanos y piropos de mal gusto a sus dos chicas favoritas en Jackson. Chase, por su lado, deja caer todo su cuerpo sobre el respaldo de la silla, mientras sus ojos están puestos en la figura delgada y encorvada de la chica rubia que se sienta unos asientos más adelante. Poco sé de ella, mas lo suficiente para darme cuenta de que es otra piedra en el zapato de Ashley y mío.

La clase la está impartiendo Mittler; me mira con desprecio, jamás le he agradado, pero el sentimiento es mutuo.

—¿De dónde sacaste eso? —curioseosa Jax. Sus ojos cansados se posan sobre el lazo rosa con puntos rojos alrededor de mi muñeca—. ¿De tu hermana?

Sonríe. Por mis pensamientos se cruza el rostro asustado de la hermana de Fisser.

—Lo saqué de mi nuevo entretenimiento.

ASTRID

Tras una clase llena de bates, pelotas y pensamientos sobre si cambiarme de escuela o no, el primer día de clases termina. Por fin salgo de los vestidores limpiando mis lentes empañados. Les hago una seña a April y Lizzy, compañeras de curso, como despedida, entonces recibo la palmada de James en mi espalda.

–Hola, Bonds –me saluda sonriendo ampliamente.

–¿Bonds? –interrogo más calmada y poniéndome los lentes. James está más enérgico de lo normal, con esa sonrisa de niño bueno que derrite a más de alguien en su curso.

–Es el mejor jugador de béisbol. –Asiento lentamente, todavía captando el apodo que me ha puesto–. ¡Liz dijo que bateaste!

–Sí –Me encojo de hombros, sintiendo las mejillas hervir–. Aún no lo asimilo... ¿Cómo te ha ido a ti?

–Nada mal. Tengo un don para los deportes –comenta bromista.

La ida de James fue tan fugaz como su llegada. En la puerta del colegio nos despedimos. Él se va apretujado junto a sus cinco amigos en el auto de su padre. Intento recordar cómo sé esa información, pero luego de unos minutos me doy por vencida y continúo mi camino.

Llego al paradero más cercano y espero para irme al minimarket donde trabajo todos los días después de clases. Me siento en la banca. El lugar está tal cual como lo recordaba. El techo roto y gastado, la paleta publicitaria rayada con grafitis, dibujos obscenos, afiches rasgados y símbolos anarquistas por todos lados. Y cómo olvidar aquel basurero con olor a orina.

–Fisser –me llaman desde un auto.

Desde *ese* auto.

Con solo verlo el corazón se me comprime. Mika McFly. Inconscientemente, bajo la mirada con la falsa idea de que no es a mí a quien llama.

–Sube –me ordena McFly con autoridad. Aprieto la mandíbula para que él no se percate que tiemblo de miedo–. ¿Estás sorda? He dicho que subas *ahora*.

Su autoritarismo me colapsa. Sé que enfrentarlo no es una opción, pero las ganas no me faltan para hacerlo. Lo prudente, ahora, es mantener la calma.

Subo, pero no hay nadie más. ¿Y sus amigos? Mika McFly está solo y las preguntas invaden mi cabeza.

—¿Dónde vas, hermana de Patrick? —pregunta en un tono cantarín.

Pestañeo un par de veces antes de responder.

—Al minimarket Harry's —digo con un hilo de voz.

Mika acelera y en todo el camino no dice nada.

Cuando estaciona el auto frente a las puertas de la tienda me embarga la felicidad de saber que sigo viva. Ver a la cajera que siempre me regaña, el universitario desorientado que repone los estantes y al gerente de la tienda. Pensé que Mika me haría alguna broma, o me dejaría en medio del camino sola para que me comiera una manada de perros salvajes.

Me bajo dudosa. Cerrando la puerta del auto noto que mi lazo lo llevaba puesto Mika en la muñeca, pero no me atrevo a decir nada para que me lo regrese. Cuando veo que también baja, me deja perpleja.

—¿Quién es el gerente?

Sin esperar mi respuesta, camina con altivez hasta el interior del minimarket siendo seguido por mí. Los grises ojos del adinerado McFly se posan sobre un hombre de traje con edad avanzada. Mi jefe.

Murmurando, McFly voltea:

—Desde hoy, Fisser, haré de tu vida una miseria —pronuncia con un odio que jamás vi. Veo con terror la sonrisa que perfila y entiendo que lo que acaba de decirme no es una broma cualquiera.

Y así comienza todo.